

tran de igual manera que se compenentran la idea y la lógica, la sustancia y el organismo de la sustancia. Separad por medio del pensamiento el alma del cuerpo, contemplad el alma en sí, en su esencia, y tendreis la idea lógica, la idea pura, la idea antes de que la haya encubierto el velo de la materia en el mundo, y la impureza de la realidad en la historia. Y como la lógica es la ciencia de la idea en su pureza, todas las ciencias presuponen la lógica, y la lógica no presupone ninguna ciencia. Todas deberán á la lógica su método; y la lógica se lo deberá á sí misma. No hay ninguna ciencia que todo lo saqué de sí como la lógica, ninguna tan libre, ninguna tan autónoma. La lógica es la ciencia del método absoluto, de la forma absoluta, no solo mientras la idea sea abstracta, ó en sí misma, sino despues que la idea se haya encarnado en la naturaleza y en el espíritu. Porque la idea se habrá desarrollado en otras sustancias sin dejar su propia esencia, ni su pura forma. Las categorías lógicas del pensamiento leyes son tambien de la realidad.

La idea no puede existir en la pura abstraccion. La idea pasa de lo posible á lo real. La idea pasa de la lógica á la naturaleza. Hay en la naturaleza principios absolutos, como los hay en la lógica, como los hay en las matemáticas. Y si hay en la naturaleza principios absolutos, hay la ciencia de la naturaleza como hay la ciencia de la lógica. Los principios lógicos, por ejemplo, el principio abstracto de la causalidad, pertenecen solamente á la lógica, y se pueden aplicar á todas las ciencias; los principios físicos pertenecen á la lógica y á la naturaleza. Como la lógica es la idea en su abstraccion, la naturaleza es la idea en su primer grado de realidad. El Universo es total. Nada existe en él separadamente, y en la soledad absoluta. No se puede apartar el espacio del cuerpo, ni el cuerpo del espacio, el calor de la luz, las cualidades de las sustancias.

Si por abusos de lenguaje separais, si apartais la sucesion de los fenómenos del tiempo; si apartais los cuerpos del espacio, caereis en puro nominalismo. Todo se junta y se vivifica, y se anima, y se relaciona, y se sostiene en la totalidad del Universo. La idea, no pudiendo ser solamente la pura abstraccion lógica, pasa al espacio, que es y no es á un tiempo mismo, que es algo y es nada; y del espacio la idea pasa á la materia, más tangible, más real que el espacio; y ya la materia en el espacio adquiere movimiento y se divide en unidades distintas que forman los astros, el sistema sideral; y la aparicion de los astros es el primer esfuerzo para engendrar la individualidad; y la atraccion es el deseo universal de los astros á juntarse, á sostenerse, á relacionarse mutuamente, divididos todos en grandes individuos, y subordinados todos á una fuerza comun; y de estas relaciones puramente mecánicas, en las cuales el peso, la gravedad predomina, va la idea á la vida química, que engendra la variedad de sustancias, la accion de unas sustancias sobre otras, el trabajo interno de union y de oposicion, que es afinidad, cohesion, calor, magnetismo, flujo y reflujo de combinaciones, metamorfosis continua, gradual de esencias; hasta que aparece, despues del mundo mecánico y del mundo químico, el organismo, la planta, que se asimila y se nutre de materias inorgánicas, y las vivifica, y las espiritualiza; el animal, cuyos órganos están sometidos á la unidad central de cada cuerpo, y que afirma esta idea de la individualidad moviéndose y poseyendo además del movimiento calor propio, calor central; y así como el mundo mineral se une al mundo vegetal por las cristalizaciones que tienden á organismo propio, el mundo vegetal se une al mundo animal, por el zoófito, por el pólipo, especie de plantas animadas, especie de cordon umbilical que ata nuestro organismo á la vegetacion; hasta que desde estos bocetos, desde estos borradores, poco á poco, por grados sucesivos, por séries sis-

tematizadas, pasando en gradacion ascendente del crustáceo al mamífero, la vida animal crece, y crece en perfeccion, y llega al cabo á su obra maestra, al resumen y compendio de la naturaleza, al organismo humano.

La vida orgánica realiza la idea de la totalidad. Cada individuo es en sí, dentro de sí, no solamente abreviado Universo, sino tambien abreviado absoluto. El más débil de los seres organizados, el más efímero, procede, no como rey, como tirano del mundo inorgánico; recoge las fuerzas mecánicas y las subordina á su fuerza propia; recoge los medios químicos y le obliga á servirles de alimento; derriba las plantas, destruye los seres inferiores, se apropia las sustancias que necesita, rompe, destroza, para procurarse ó habitacion ó alimento; acecha á otros seres, y vive por otros seres acechado, pero extendiendo á todas partes la sombra de su individual egoísmo, hasta que viene como manifestacion de la eterna justicia, esa inflexible reina de los seres, la muerte, con su paso callado, con su mano huesosa, con su manto de tinieblas, con la guadaña por cetro, á castigar las ambiciones individuales, á refundirlas en la vida general de la especie, á demostrar que ningún individuo puede elevarse á lo absoluto, á rejuvenecer con la renovacion de las generaciones la vida sobre este vasto cementerio de seres desaparecidos, sobre esta vastísima pradera de seres renacientes, sobre los planetas: que la muerte, por destructora, por exterminadora, no deja de representar en el Universo la fianza y el seguro de la inmortalidad. En la lógica, el ser y no ser se confunden; y en la naturaleza se confunden tambien el amor y la muerte, ambos en último resultado sujetos á renovar la vida y á perpetuar las especies.

La idea, que no pudo permanecer en las puras abstracciones, que sintió necesidad de concretarse en la naturaleza, siente necesidad de subir desde la naturaleza á escalas

superiores de la vida y del sér. Prepárase el Universo á convertirse en el teatro de una evolucion superior de la idea, desde que la evolucion orgánica está concluida, perfecta, y toca á sus últimos grados. La tierra se pule, la atmósfera se aclara, la luz y el calor dispersan los vapores y las nieblas, extingúense los volcanes, retíranse los mares; pródida vegetacion cargada de flores y de frutos surge; los continentes se dibujan rodeados de sus collares de islas, entre las cuales juegan y cantan coronándose de espumas las agitadas ondas; en las séries de organismos, la vida busca instintivamente el organismo superior; los animales se perfeccionan; el sentimiento, el instinto, la memoria aparecen como profetas de la nueva vida, como precursores del nuevo sér; las aves abren sus alas y se elevan á las alturas entonando sacro himno, como si aspiraran á lo infinito; las fuerzas ciegas se van sometiendo á una fuerza suprema; y al fin, bajo el cielo espléndido, sobre la tierra perfeccionada, en la cima del organismo, en los ojos, en el cerebro del hombre, amanece el nuevo dia, el eterno dia del espíritu.

La lógica está sujeta á un desarrollo, la naturaleza sujeta á un desarrollo, el espíritu, como la lógica y la naturaleza, á un desarrollo tambien sujeta. En la cuna de la especie no existen aun ni la conciencia, ni la libertad. El hombre primitivo, pegado casi á la tierra, uno con la naturaleza en la cual parece como el feto en las entrañas maternas, todavia no es personalidad. El espíritu no se distingue de la materia, ni la inteligencia del instinto, ni la voluntad de los agentes naturales, y el sér humano se encuentra como asfixiado en el seno de la tierra. Esfuerzos grandes le costará tomar posesion de sí mismo, sentir su independencia del mundo, llegar al conocimiento de sí y al ejercicio de la libertad. Esta será una evolucion en realidad tan viva y tan radical, como la verificada para pasar desde la lógica á la naturaleza, y desde la naturaleza al

espíritu. Aquí comenzarán la moralidad interna del individuo y la vida superior de la sociedad. Cada hombre reconocerá su igual en otro hombre; y encontrará un límite á su propia libertad en la libertad de sus semejantes. El espíritu de cada uno existe íntegro y completo en la totalidad de los hombres, y comprende que necesita fundar su libertad en la libertad de los demás. Espíritu y libertad son sinónimos. Pero ningún espíritu individual puede ni debe abrogarse el monopolio de la libertad. Es como el aire, como la luz, el bien de todos. Y este poder superior á todos, que contiene la libertad, no de cada hombre, sino de los hombres juntamente, se llama por otra evolución superior de la idea espíritu objetivo.

El espíritu objetivo tiene como la lógica, como la naturaleza, como el espíritu subjetivo, sus grados y sus desarrollos. El primero de estos grados es el espíritu nacional. Admítase con dificultad por el sentido común la unidad sustancial de los espíritus, el espíritu general humano. Admítase con mayor dificultad todavía el espíritu nacional. ¿Qué quiere decir eso de espíritu de un pueblo? preguntan generalmente. Se ve que todos los hombres sienten la identidad, la comunidad de su ser en el espíritu, y no se quiere admitir el espíritu de la humanidad. Se ve que los ciudadanos de un pueblo se confunden e identifican en ideas comunes, en comunes sentimientos, y no se quiere admitir el espíritu nacional. El común sentido, muy cerca siempre del empirismo, solo ve ciudadanos, solo individuos, y no esa fuerza superior de la vida social, que no es resultado de los esfuerzos individuales. En la experiencia solo se encontrarán individuos, pero en la razón existen también las naciones con su espíritu propio, existen las sociedades con su propia fuerza. Y no puede ser la nación la suma de los ciudadanos, es algo más, es un organismo, es una vida, es un espíritu. ¿Quién os ha dicho que teneis un cuerpo cuando teneis la

aglomeración de órganos necesarios al cuerpo? ¿Y quién os ha dicho que teneis un pueblo cuando teneis una aglomeración de ciudadanos? Hay en los organismos orden, proporción, ley, armonía, funciones, y hay lo mismo en los pueblos. Tienen los organismos su unidad y la tienen los pueblos. En este orden y en esta proporción de las naciones, hay una fuerza superior. Arrancar al hombre de la sociedad, es como arrancarle de la tierra, y arrancar las sociedades de esta determinación llamada nacionalidad, es destruir una de sus leyes esenciales. El individuo no es un ser puro; como ha nacido en una familia, en un tiempo, ha nacido en el seno también de una nación. Ningún hombre vivirá fuera del aire. Ninguno podrá vivir socialmente fuera de su tiempo ni fuera de su pueblo. A su vez los pueblos, que renuncian al espíritu de su siglo, como los hombres que renuncian al aire de su planeta, mueren. Las restauraciones políticas y las restauraciones literarias, significan vejez en la vida social. Los pueblos restauradores del régimen reaccionario que han destrozado, se parecen á los ancianos alimentándose de los recuerdos. Un pueblo es fuerte cuando vive en el espíritu de su siglo, como es fuerte un hombre cuando vive el espíritu de su pueblo. Véase, pues, como existe realmente ese grado del espíritu objetivo que se llama espíritu nacional.

Todos los seres tienen alas. Todos aspiran á subir. Todos, como la nube de incienso en las bóvedas del templo se elevan á lo infinito. Esta aspiración es interna y constitutiva de los seres. La idea no reposa en su progresión ascendente, en sus evoluciones hacia la superior perfección. De la lógica ha pasado á la naturaleza, de la naturaleza al espíritu, del espíritu subjetivo al espíritu nacional objetivo; y al tocar en la región del Estado, la idea comienza á sentirse y á reconocerse espíritu absoluto. Por el Estado el espíritu subjetivo se objetiva en el mundo exterior, lo transforma y se lo asimila. El Estado se diferencia de

la sociedad civil en que la sociedad civil procura el bien de los individuos ó de las familias, y el Estado procura el bien general. Así obliga á sacrificar las satisfacciones egoístas del individuo ó de la familia en el altar de la patria. El Estado es la esfera de lo universal.

Mas para Hegel hay error gravísimo en admitir como formas de gobierno la pura monarquía ó la pura democracia. Esta tendencia á las formas puras de gobierno consiste, según su sentir, en el desconocimiento de la sociedad y de los elementos contrarios que la componen, y de las fuerzas opuestas que la sostienen. Así no responden á la idea total del Estado. La monarquía solo ve la unidad y suprime la libertad. La democracia solo ve la variedad, las individualidades, suprime la unidad. Se han considerado los gobiernos monárquico-parlamentarios gobiernos convencionales, siendo los gobiernos de la razón, los gobiernos de la naturaleza. Esta creencia, en sentir de Hegel, proviene de esos hábitos inveterados al espíritu humano, que ansioso de simplificar los sistemas, les quita sus elementos esenciales. La República, según Hegel, confunde la sociedad civil con el Estado, y atiende solo al bien del individuo. Por eso, por confundir el bien del individuo, de la casta con el bien general, cayeron las repúblicas antiguas en el despotismo. Esta transformación de las repúblicas en dictaduras, es la condenación inapelable de semejante forma de gobierno. Así proclama forma normal de gobierno la monarquía. El Estado para Hegel no pasa de pura abstracción cuando no se realiza en una persona representante de sus ideas, de sus tradiciones, de su historia, encarnación de su autoridad y de su derecho. ¡Lástima grande que concepción tan alta se precipite en resultado tan lastimoso!

¡La monarquía forma normal del Estado! Para sostener tan extraña tesis tiene el filósofo que recurrir á la máxima proverbial en labios de Luis XIV, «al Estado soy yo.» Y en

verdad, aun para aquellos que más templada la quieren, tiene algo siempre la monarquía de apoteosis ó deificación, ya sea de una persona, ya sea de una familia. Y esa deificación, ese derecho hereditario á reinar sobre un pueblo, tiene algo de la casta oriental rota por tantos progresos. Suponer que un hombre, por grande que parezca, puede personificar la sociedad, es como suponer que puede personificar el Universo. Pedir su intervención personal es tanto como creer la sociedad entregada al arbitrio de una inspiración superior, milagrosa. Las leyes sociales son independientes de las personas, de las familias, como las leyes del Cosmos. Decir que dentro de la República no caben los dos términos de las sociedades humanas, la autoridad y la libertad, el derecho individual y los poderes sociales, el movimiento y la estabilidad, equivale á desconocer la esencia de la República, que distribuye la vida con regularidad y en proporciones, imposibles dentro de una monarquía. La ley social debe obligar á todos. Y es ley social, independiente de las convenciones de los hombres y de la voluntad de los poderes públicos, el derecho. Y es ley del derecho su universalidad. Y esta universalidad se desmiente si un solo hombre trae desde la cuna, desde el momento de su generación, el privilegio de regirnos, porque este hombre se encontrará fuera del derecho y dentro del privilegio desde el punto en que una ficción, necesaria á la monarquía, le declare irresponsable. Decir que la individualidad se desarrolla abusivamente en las repúblicas, argumento parecerá á todo espíritu recto tan baladí como el de aquellos filósofos misántropos que pedían el sacrificio de los derechos individuales para el sostenimiento de la autoridad y de la vida social. Hegel ha dicho en una de las más admirables análisis de su filosofía, que toda esencia lleva en sí misma su forma. Y nadie puede negar, nadie, que la forma perfecta de las democracias es la república. El espíritu nacional que

Hegel reconoce como un ser en sí, como un grado más en la ascension de la idea, no puede contenerse en organismo que le sea más propio. Los reyes fundan monarquías; las repúblicas verdaderas naciones. Y no se repita el argumento de que las dos repúblicas antiguas degeneraron en dictadura. Degeneraron desde el día nefasto en que cayeron por su mal en los errores monárquicos de imaginar á un hombre personificacion de la sociedad. Y esta sustitucion de la república por la monarquía fué su muerte. Los géneos que brillaron en la córte de Augusto hijos eran de la república. Despues la hinchazon sucedió á la grandeza, y la retórica á la elocuencia. Grecia murió el día que murió su República. El género humano llora aun la batalla de Queronea en que murió la Atenas republicana; la batalla de Farsália, en que murió la Roma republicana; maldice al emperador Carlos V y al papa Clemente VII, que mataron la república florentina; y no cree bastante castigo al primer Napoleon, Waterlóo, ni al tercero, Sedan, ya que cometieran el crimen de asesinar dos repúblicas.

Y la conciencia humana, encerrada en la historia, recuerda que las épocas fáustas han sido las épocas del florecimiento de las repúblicas. La federacion de Israel dictó la ley moral á que nuestra conducta se atiende, y educó aquellos profetas, cuyas imprecaciones contra los reyes todavía inflaman los corazones de nuestros varios pueblos y cuyas esperanzas de redencion todavía animan las ideas religiosas de nuestras varias civilizaciones. La República griega comenzó la educacion estética del género humano, y fundó á un tiempo la eterna forma del arte y el espíritu de la ciencia; cincelandó con su cincel en la piedra las estatuas, modelos inmortales de la belleza plástica, y con sus ideas en la sociedad los primeros ciudadanos de la democracia. Los fundamentos del derecho civil en el occidente de Europa y en la América latina, débense á otra República, á la Re-

pública romana. Mientras subsistió, sus héroes fueron capaces de merecer en pleno imperio la pluma de Plutarco, en tanto que los Emperadores más grandes solo merecieron las estóicas maldiciones de Tácito ó la vergonzosa ignominia de la Historia Augusta. En el mundo moderno sigue la prodigiosa vitalidad de la República. Todas las glorias de Italia en la Edad Media se unen á esta forma de gobierno.

En la República se educaron el génio que pintó la Cena, el génio que modeló el Perseo, y el génio que animó con su epopeya ciclópea las bóvedas de la capilla Sixtina. Cuando aquella República, nueva Atenas, cayera definitivamente, Miguel Angel modeló en mármol una mujer desnuda, con la belleza griega, con el alma cristiana; puso el dolor en su rostro, el sueño en sus párpados, y la llamó la noche, indicando que habia venido eterna noche sobre la conciencia humana al extinguirse tan clara estrella en su cielo. Y en efecto, Pisa, que animó las piedras; Florencia, que resucitó el génio griego; Génova, que avivó el comercio y encontró la letra de cambio, y engendró al descubridor de América; Venecia, que llenó con las maravillas de Oriente empapadas en la primera luz de la creacion los días sombríos de la Edad Media, todas rodeadas de artistas, cuyas obras forman oasis de consuelos en el desierto de la vida, todas son repúblicas. Y repúblicas aquellos municipios de España, aquellos comunes de Francia, aquellas ciudades libres de Alemania que contrastaron el feudalismo, que sustituyeron á la justicia del señor la justicia del jurado, que echaron los fundamentos de la propiedad, que son artífices de la libertad y de la riqueza. Y república el pueblo alpestre, vencedor en los desfiladeros de los Alpes y en los bordes de sus lagos, como los griegos en las Termópilas y en Salamina, vencedor inmortal de los tiranos; y república la pequeña nacion que robó espacio al mar para establecer sus ho-

gares, verdaderos templos de la libertad del comercio y de la libertad del pensamiento. Y república la sociedad gloriosa que á fines del pasado siglo se alzó, fortalecidos sus sentimientos en las máximas democráticas del Evangelio, su razon en las ideas de la ciencia, á ponerse á la cabeza del movimiento republicano, que es la honra y la grandeza de América. Y república la que en Francia venció á todos los reyes de Europa, y sembró las primeras ideas de progreso, que concluirán por regenerar y democratizar á todos los pueblos de Europa.

En alguno de sus libros ha dicho Hegel, que al contenido, á la esencia corresponde invariablemente la forma. Y el contenido, la esencia de la civilizacion moderna es la democracia. El advenimiento de la democracia no es un problema; es un hecho. Inútil buscar quien lo ha traído. El movimiento hácia este elemento social fué tan grande, tan seguro é incontrastable, que buscar su impulso seria como buscar quien ha levantado nuestras montañas ó abierto nuestros valles. No tienen arquitecto. El que tal se creyera, el que se imaginara arquitecto de las democracias modernas, pareceríase á los hombres ideados por Voltaire en su Micromegas, que apenas visibles por su pequeñez á los gigantes habitantes de otros mundos, teníanse por creadores de todos los espacios y de todos los orbes. No ha traído la democracia ningun hombre, ningun bando político. La ha traído el espíritu cristiano; la irrupcion de las tribus germánicas que sellaran con el sello indeleble de la dignidad humana nuestros corazones; las otras gentes, no menos guerreras, venidas del Norte á destruir la reaccion carlovingia y á surcar con sus espadas la tierra para poner en ella la idea de la personalidad; las antiguas órdenes monásticas que ungiéron con el óleo del sacerdocio la frente del plebeyo; el misterioso valladar que detuvo el movimiento de las Cruzadas y obligó á las tribus europeas á buscar en sus propias

fuerzas lo que jamás hubieran encontrado en la conquista; la nube de gremios, de asociaciones, de municipios que comenzaron á reconocer la virtud del trabajo y á maldecir las calamidades de la guerra; los cismas que rompieron y soterraron la autoridad de la teocracia; los concilios de los siglos décimo-cuarto y décimo-quinto, que reanimaron el génio republicano del Evangelio; los descubrimientos que rehicieron y centuplicaron nuestras fuerzas; la pólvora que puso el fuego de Prometeo en las manos del hombre; la imprenta que dió el talisman de la inmortalidad á sus ideas, la brújula que le sojuzgó los mares, el telescopio que escudriñó los cielos, la América que trajo en su hermosura nueva creacion para la nueva alma; la Reforma que reveló como la escuela socrática el númen de la conciencia y la virtud interior de la libertad de creer y de pensar; el Renacimiento que reconcilió al genio moderno con la historia antigua y con la naturaleza eterna, que encontró las formas perdidas del arte en el culto al organismo humano; el establecimiento de la República holandesa y el progreso de la República suiza en el corazon de Europa; los viajes de los puritanos al Nuevo Mundo, para levantar un templo al Dios de la libertad y una sociedad al genio de la civilizacion; la filosofía que reveló el derecho natural; las revoluciones que hicieron saltar en pedazos todos los obstáculos opuestos al progreso; la conjuracion de todas las ideas científicas, de todas las fuerzas vivas que, si los movimientos del planeta y la evolucion de sus organismos convergen á producir el hombre, cima de la creacion, las evoluciones del arte, de la industria, de la política, de las ciencias, convergen á producir la democracia, cima de la sociedad y de la historia.

Las ciencias producen sus formas. Imagínese Hegel que á la idea, á la esencia de su filosofía, al viajero incansable de sus construcciones científicas, despues de haber descendido del desierto de la eternidad á la vida